

servar su honor con constancia. El mundo las seduce, las halaga y las lisonjea por unos días; pero al fin las abandona con infamia en los brazos de la miseria y de una vejez harto infeliz. Después que corren alegremente un poco de tiempo pisando flores por el camino de la prostitución, después que marchitan su juventud con los placeres, bailes, fiestas y bureos, cuando menos lo piensan se hallan despreciadas de sus adoradores, hechas el juguete de todos, y encuentran en el hospital ó la cárcel los mejores lugares en que llorar el fruto de su mal apreciada libertad. Gertrudis me compadece; pero tiene mil compañeras dignas de la misma compasión. ¡Ya se ve, que esta muchacha no se hubiera perdido, si no hubiera sido por su madre! ¿Le preguntaste por ella?

—Sí le pregunté. Me dijo que había muerto, y añadió muchos sentimientos de su conducta.—¡Dios la haya perdonado! me dijo. ¡Ojalá no me hubiera concebido en sus entrañas! Ella me hizo existir en el mundo; pero también me hizo infeliz en él. ¿Qué gana tenía yo de haber perdido mi crédito, ni haber pasado lo que sólo Dios sabe? Muy bien estaba yo en casa de mi padrino, tu tutor; nada me faltaba á su lado, y sobre todo, estaba yo con honra y frecuentando los santos sacramentos, como tú lo veías. Tal vez allí me hubiera yo casado, y no que mi madre (Dios se lo perdone), por la maldita codicia me vendió al infame don Gervasio, y de allí se

originó toda mi ruina, de la que no me repararé en la vida.—Diciendo esto, comenzó á llorar amargamente, yo me consterné lo bastante, le dí alguna cosilla, y me despedí, como ya dije.

—Repito, continuó el coronel, que es digna de mucha lástima Gertrudis. La frase con que ella culpa á su madre es bien adecuada. Por la codicia venden muchas á sus hijas y las hacen desgraciadas toda su vida, y con razón éstas las hacen acreedoras al desprecio universal. ¿De qué execraciones no serán dignas las madres impías que trafican vilmente con sus hijas?

En esto estábamos, cuando entró el rancharo Pascual muy contento á avisar al coronel, como para el inmediato domingo estaba prevenida la boda de Culás. Don Rodrigo recibió la noticia con agrado y le dijo que el sábado estuviese en México con ocho caballos buenos, porque quería ir la familia de su cuñado. Pascual ofreció hacerlo así, y dejando muchas memorias á su ama, se fué para su rancho.

—Me gusta este Pascual, decía el coronel, por hombre de bien y candoroso. Sin embargo de que la malicia ha extendido su imperio por todas partes, se encuentran entre estos pobres rústicos algunas almas tan sencillas y algunos corazones tan limpios, que es preciso amarlos luego que se tratan. Por lo común no conocen el disimulo, la mentira, ni la vanidad, y esto los hace

recomendables para toda gente sensata. Ellos es verdad que ignoran la finura, cumplimientos y faramallas de las ciudades; pero en cambio poseen muchas virtudes morales y cristianas, con las que pasan en su estado una vida feliz y al fin aseguran la eterna. Por esto dice San Agustín que los indoctos arrebatan el cielo. ¡Es una lástima que se eduquen tan groseramente y que se instruyan tan poco en su religión!

Si muchos de éstos tuvieran mejores conocimientos de Dios, de sus atributos y perfecciones, de la naturaleza en común y de la suya propia, serían menos idiotas y mejores padres y maridos, y darían á sus virtudes más brillo y elevación, conservando las que poseen y adquiriendo las que no conocen.

—¿Pero en qué está, dije yo, que á pesar de la natural buena inclinación de estas pobres gentes, las vemos algunas veces cometer unos delitos enormísimos y los advertimos incurrir en unas boberías casi increíbles, especialmente los indios, en los que se notan unos defectos tan comunes y generales, que no parece sino que pasan por hērencia de padres á hijos? Porque los indios son mezquinos, rudos, embusteros, supersticiosos, desconfiados, y muchos borrachos y ladrones. En qué estará esto quisiera yo saber, porque no comprendo por qué en cada clase de gentes sobresale cierta clase de vicios que parece que le son privativos. En los ciuda-

danos veo resaltar la intriga, la falsedad, la adulación, la vanidad, la soberbia y el orgullo, si son ricos<sup>1</sup>; si son pobres, los veo holgazanes, descuidados, atrevidos, sinvergüenzas, necios y abandonados á los vicios más torpes. En los payos ó gente rústica veo que sobresale la barbarie, el despilfarro, la grosería y la superstición, y en los indios lo que ya tengo dicho, y así discurriendo por las demás clases del Estado.

—Hijo mío, tu duda es curiosa é interesante, dijo el coronel; yo no sé si te la podré satisfacer. El clima, las costumbres, las leyes y la religión del país donde se nace influyen poderosamente para formar el carácter de los hombres. Entiendo por carácter aquel apego y entusiasmo con que cada nación conserva los modales que le enseñaron sus mayores, ó que ha ido adquiriendo en el discurso de los tiempos. La primera educación que recibimos también influye mucho para formarnos el espíritu y para diferenciar nuestro carácter de aquellos que no la recibieron igual.

Concebida la verdad de estos principios, naturalmente se viene en conocimiento del motivo por qué son tan varios los caracteres de los hombres, no sólo considerados de nación á nación, sino también de provincia á provincia dentro de un mismo reino.

<sup>1</sup> Todo esto se entiende con la respectiva restricción, pues no se puede hablar generalmente. Muchos ricos habrá con estos vicios y más, y muchos pobres con otros, y algunos sin vicio notable, etc. En todo cabe la excepción.

En esta inteligencia, no es extraño que los payos, los pobres y los indios, tengan un carácter diferente ó unas diferentes inclinaciones respecto de los ciudadanos ricos é instruídos. La educación y los principios de éstos son diversos de los de aquéllos; por consiguiente, debe ser diverso el carácter de unos y otros. Esto nada tiene de raro.

Busquemos en la educación el origen de los vicios y de las virtudes de los hombres, y no nos será difícil encontrarlo. Mientras la educación sea burda y abandonada, los hombres serán groseros y se inclinarán á los vicios más torpes. En el estado natural, cuando el hombre abandonado á sus pasiones, sin religión, sin leyes ni gobierno, sin seguridad y sin cultura, vagaba por los montes, ya oprimiendo al desvalido ó huyendo del más fuerte, ¿qué eran sino unos bárbaros, que tan pronto se engreían con el más criminal despotismo, como se encorvaban bajo la esclavitud más vil? De cualquier modo deshonoraban la humanidad, ya tiranizando á los infelices y ya sirviendo de infames instrumentos para que los poderosos satisficieran sus caprichos.

En medio de estos casos, progresivamente apareció la religión, se reunieron en sociedades, se juraron las leyes, se establecieron los gobiernos, y mira aquí al hombre convertido de asesino en filántropo, de ladrón en custodio de los intereses de sus semejantes, de hol-

gazán en laborioso, y últimamente, de salvaje temible en ciudadano provechoso.

Tal ha sido la suerte de los pueblos, y tal es y será la de todos los individuos de la especie humana. Según la idea que se formaren de la religión y del gobierno, según la sociedad en que se críen, la educación que reciban y las costumbres que vean practicar, así saldrán ellos como he dicho.

El pobre rancharo, el infeliz indio, el plebeyo abandonado, que ignora la religión que dice profesa, que no conoce la justicia de las leyes, ni advierte la gravedad de los delitos que comete, y á más de esto, se ha criado en medio de una familia soez, educado con los pésimos ejemplos de unos padres viciosos é ignorantes, ¿qué podrá ser sino un inculto barbaján y acaso un vicioso perdurable? Sin advertir la mutua conveniencia que nos resulta de sujetarnos á las leyes civiles; sin saber cuánto nos obligan las eternas; sin probar jamás los dulces frutos de las ciencias, y sin noticia de lo que es probidad, honor y vergüenza, ¿qué puede ser, repito, un hombre de estos, sino un necio, un mal padre, un peor marido y un pésimo individuo de la especie humana?

Tú me preguntarás: ¿á quién le toca poner el remedio sobre estas cosas y velar acerca de la buena educación de estas gentes? y yo no me detendré para decirte que al gobierno.